

SOBRE EL ESPAÑOL QUE SE HABLA EN MEXICO

Cristina Romo de Rosell*

... a cada instante la catedral
del idioma pierde una piedra.
"Me Pinto Solo", poema de
Marco Antonio Montes de Oca.

El español que se habla, se escribe, se inventa, se destroza y se oculta en México, ha sido motivo de tres libros aparecidos recientemente: *Diccionario Básico del Español de México*, hecho por un equipo dirigido por Luis Fernando Lara, El Colegio de México, México 1986, 565 páginas; *Para Saber lo que se Dice*, de Arrigo Coen, editado por Domés, México 1986, T. I., 258 páginas, y *Minucias del Lenguaje*, de José G. Moreno de Alba, Editorial Océano, México 1987, 160 páginas.

El DBEM léxico debatible

Sobresale de entre ellos —pero no positivamente— el *Diccionario Básico del Español de México* (DBEM), del cual se esperaba que fuera el primer instrumento de trabajo útil para que los escritores, profesores, estudiantes y público en general, pudieran encontrar significados propiamente mexicanos a las palabras que todos usamos todos los días.

Pero no, nos encontramos ante un diccionario tibio, débil, ñoño, mocho, que quiere que los mexicanos hablemos un idioma expurgado e infantil, recortado y acicalado por unos posiblemente bien intencionados sabios que desde un gabinete académico de-

cidieron lo básico del español en México aunque hayan olvidado incluir vocablos como: achaque, birote, birria, cuate, cucar, chamba, chamuco, changarro, chavo, chilango, chimuelo, chiquear, chocante, chorreada, escuincle, marmarracho, manito, merequetengue, pachanga, pachuco, pilón, quiosco, tiliche, vaciado y muchos más.

Todas esas palabras son de uso común en nuestro país, aun cuando no sean todas ellas de origen mexicano y se encuentren en lexicones tan generales como el Martín Alonso, el María Moliner (hazaña grandiosa la de esta española que luego de trabajar cinco horas diarias en una biblioteca pública, de atender como esposa, madre y ama de casa a los suyos, se sentaba en la mesa de la cocina a emborronar fichas que diez años más tarde produjeron el, quizás, mejor diccionario del español hasta el momento) y el abreviado de Corominas. Nadie puede negar que el vocablo "birria" tiene un significado mucho más sabroso en México que el de la frase despectiva "eso es una birria".

Podría el DBEM, por ejemplo, advertir de los usos erróneos que se hace de las palabras en México en general y más en concreto en algunas regiones. En el primer caso podemos hablar de *sopa*, de la cual se dice en el DBEM que es "Platillo, generalmente líquido, que se hace cocinando carne, verduras, pasta, etc., en agua. *Sopa de fideo, sopa de frijol, sopa de*

pescado", con lo que los autores sólo consiguen errar dos veces en tan corta definición, pues la sopa para serlo deberá ser líquida siempre, ya que la mexicanísima expresión de *sopa seca de tortilla* es un absurdo consagrado por la costumbre que debería ser consagrado por el diccionario como tal, junto con el menos absurdo, pero no menos mexicano *sopa de arroz* que las más de las veces se sirve sin caldo.

Un diccionario que se respete no puede echar a un lado la manera de hablar del pueblo al que pretende dirigirse. Debe, eso sí, señalar los errores y precisar tanto significados como etimologías, así en la definición de *chico*, también debiera agregarse el sentido que en México (y parece que solamente aquí) tiene de grande (su absoluto opuesto) como en la frase "chico muchachote".

Ni qué decir de las palabras que localmente son utilizadas en todos los estratos socioeconómicos y que a veces se escapan de la lengua hablada y aparecen flagrantemente en los periódicos. En Guadalajara, por ejemplo, se utiliza la palabra *diario* como sinónimo de siempre y *ocupar* por necesitar. Estos significados están consagrados por el uso, pero es curioso que los que nacieron en estas partes pierdan rápidamente la costumbre en cuanto salen de su terruño. Creo que no debe justificarse la errónea aplicación de esas y otras muchas palabras, pero sí consignarse con las debidas acotaciones.

En el prólogo del DBEM se dice que el libro tiene la finalidad de "contribuir a la educación lingüística de niños y adultos de la enseñanza primaria y se-

* Licenciada en Ciencias y Técnicas de Información por la UIA. Directora del Departamento de Extensión Universitaria del ITESO.



censes, anahuaceños, anahuacanos, anahuícolas?

Sólo dos cosas recomendaría al DBEM: la inexistencia de otros diccionarios hechos por mexicanos para mexicanos y su precio, que fue de mil pesos cuando lo compré a fines de 1986.

Divertida erudición

Arrigo Coen (sin la h de enmedio que él no usa) no es solamente el señor de barbas y camisa deportiva que interrumpe a todos en Sopa de Letras, el programa de televisión de Saldaña en el canal 13 (uno de los mejores programas de la televisión mexicana y uno de los más desperdiciados por lo corto del tiempo que se le tiene asignado como por lo poco propicio del horario —sábado, 11 horas—, al igual que aquel magnífico diálogo que sostenían Luis Spota y Gutierre Tibón, que pasaba a las siete de la noche los domingos), por tener siempre la respuesta adecuada antes que nadie y desde la enorme autoridad que le confiere toda una vida consagrada al estudio de la filología.

Nace en Italia (1913) y desde los once años decide estudiar lenguas; llega a México en 1921, adoptando a Durango como su tierra por ser la de su madre Fan-



ny Anitúa.

Para Saber lo que se Dice (I) es un libro de fácil y divertida lectura donde la erudición está siempre controlada por la sinceridad y evidente espíritu de servicio del autor. Coen es brillante casi todo el tiempo, aunque a veces se nos pierda de vista la intención del autor respecto de algunos artículos; pero este problema parece ser más de las políticas editoriales de hacer libros reuniendo artículos publicados en diarios y revistas, que del propio escritor. Así, sin saber la fecha o las circunstancias que motivaron un comentario, nos puede parecer irrelevante o fuera de contexto.

Creo que el libro ganaría mucho si se ordenara de alguna manera el material (muy loable es que alguien se molestó en hacer un índice de palabras en orden alfabético) de manera que fuera un poco menos coyuntural, pero esto es una minucia comparado con lo sucio de la edición: hay más erratas de las que debieran aparecer.

Sin duda Arrigo Coen lee los periódicos y algunas palabras le molestan: “Desde hace unos diez años vengo oyendo la palabra *acuacultura*, con el consiguiente disgusto, pues choca desde luego por la arbitria sustitución de la —i— copulativa del término



propio, *acuicultura*, cambio seguramente debido al afán, hijo de la negligente inercia, de conservar la *a* temática del lexem *acua*, proveniente del latín *aqua*, ‘agua’.

El voquible repugna —prosigue Arrigo— como si en vez de *silvicultura* (del latín *silva*, ‘selva’, ‘bosque’) oyéramos *silvacultura*, o *agrocultura* en lugar del correcto *agricultura*, que es el cultivo del *agro*, o sea, la tierra de labranza, el campo”.

Más adelante, Arrigo festivamente pone en su lugar a los responsables del término que le molesta, diciendo que “de seguro que quienes han venido usando el repelible término *acuacultura* no van a decir *acuáfero* por *acuífero* —‘que lleva agua’— o *acuágena* por *acuígena* —‘que nace en el agua’—; ¡ni que no fueran tan majes!, como diría mi compadre”. ¿Habrà que cambiarle el nombre al itesiano *acuapulsor*?

Un vocablo tan inocente como el de *burócrata* resulta fascinante a la luz de su etimología: Coen comienza describiéndonos la forma de tejer la felpa (“sobre una sola trama se ponen dos urdimbres y una de éstas se teje apretada y se remata por un lado —el revés— con objeto de que la otra pueda quedar floja y libre hacia la haz, y, al cortarse, quede como pelo. La trama, pues, viene a ser

un primer hilo, el segundo es la urdimbre propiamente dicha, y el tercero es el pelo. Por eso esta clase de tejidos se llamó *tercer pelo*, que no otra cosa significa *terciopelo*) y uno se pregunta ¿qué tiene que ver esto con burócrata?

En Francia se fabricaba (y puede ser que aún se fabrique) una felpa de lana que se llamaba *bure* —*burriel* en español—. Este nombre viene del latín *burrus*, “antes *byrrus*, que significa ‘rojo’, por el color con que se teñían esos tejidos. . . El diminutivo del *bure* francés, *burel*, dio más tarde, *bureau*,” surgiendo de aquí el español buró.

“Se hicieron carpetas de *burriel* —prosigue imperturbable Coen— y las mesillas y escritorios tomaron el nombre de la tela con que se cubrían y adornaban. En español llamamos *buró* a la mesilla de noche, y en otros idiomas se da tal nombre a las oficinas en que hay escritorios”.

Para descubrir el segundo elemento de la palabra, comenzamos con una raíz sánscrita *kar* (hacer, actuar, obrar) que genera la palabra *kratu* (fuerza que hace, que opera, que rige) y de ahí el griego *krátos* (fuerza, poder, vigor).

Triunfalmente termina Coen señalando que “El vocablo es, lingüísticamente hablando, uno de los casos de hibridismo más curiosos, dada la forma francesa de su primer elemento”, y, nosotros, al igual que muchos burócratas, quedamos un poco fatigados por la filológica gira que nos llevó de India a Francia y de hace cinco mil años a nuestros días.

Pero no sólo son alardes de erudición lo que Coen nos regala. También reflexiona sobre el idioma como algo vivo, algo que hemos recibido de nuestros antepasados, providencialmente, como decía don Andrés Bello y que es y debe seguir siendo elemento de

unión entre los pueblos que hablamos español.

Al respecto, Coen, agradece apasionadamente el esfuerzo de aquellos que a partir del “romanceamiento del castellano, a lo largo de casi un milenio, hasta los tiempos que corren”, formaron y perfeccionaron “una maravillosa herramienta de expresión, tan eficaz, como cualquier otra lengua al servicio de una cultura avanzada”.

Para Arrigo Coen es un deber imprescindible el llevar “a los más tan útil y valioso instrumento de comunicación”; pero para llevarlo a las mayorías “es necesario liberarlo de la letra de los textos de circulación restringida”, lo cual no debe considerarse como un esfuerzo de uniformidad, sino que conservando “las variedades orales que se multiplican según la geografía y los estratos de la sociedad en cada país, y aun según los individuos mismos (con los idiolectos)”, manteniendo “las bases de su capacidad expresiva; respétese en buena hora las formas regionales del habla, y sálvense los fueros de las lenguas indígenas; adóptese una norma lingüística nacional común a todos los mexicanos y, ¿por qué no?, encuadrada en los marcos de referencia de la norma prehispánica” para que el español utilizado por los medios “esté libre de influjos trasculturantes, reenderezado de las torsiones con que procuran deformarlo tantos agentes corruptores”.

Buenas segundas partes

No conozco las primeras *Minucias del Lenguaje*, que Victoriano Salado Alvarez (1867-1931) escribió y la Secretaría de Educación Pública editó en 1957, pero sí éstas segundas de José G. Moreno de Alba (1940) que la Editorial Océano nos presenta —como viene siendo su costumbre

desde que tuvo éxito con los libros de Manuel Buendía— como una recopilación de artículos publicados los más de ellos en *unomásuno* y *El Día*, y que a veces resultan complicados para leerse por la falta de contexto y actualidad, así como aburridos por las inevitables repeticiones.

De cualquier manera, estas *Minucias* no lo son tanto, puesto que tratan de asuntos del habla y de la escritura vigentes en México y llama la atención sobre errores por demás frecuentes, sin caer en los excesos de la pirotecnia verbal a la que suele inclinarse Arrigo Coen.

Sin duda, Moreno de Alba podría ser considerado un liberal, puesto que reconoce a los usuarios de la lengua como sus creadores y modificadores: “No debe olvidarse, ante todo, que son sólo los hablantes los verdaderos reguladores de la lengua. Los lingüistas y filólogos son solamente observadores de los fenómenos lingüísticos y descubridores y descriptores de los sistemas y estructuras que subyacen en todo acto de comunicación humana”. Y acepta, con la mayor tranquilidad, que un neologismo forme parte “de la norma mexicana cuando un buen número de los hablantes” lo utilicen cotidianamente.

Aunque miembro de número de la Academia Mexicana, Moreno de Alba en un artículo dedicado a la última edición del Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), no está muy de acuerdo con el libro y hace muy sensatas observaciones en torno a él, principalmente en lo que toca a lo que más sabe: el español hablado en México.

Señala la ausencia de muchas palabras de uso común en nuestro país, que no son necesariamente mexicanismos y que deberían estar en el DRAE, sobre todo porque en él aparecen palabras

verdaderamente en desuso como *lapo*, por bofetada.

Moreno de Alba dice que no se vale que el DRAE afirme que un vócablo ha caído en desuso y que sea arcaísmo porque cuarenta millones de españoles no lo usan, mientras que para sesenta millones de mexicanos (“suprimiendo a los mexicanos infantiles, que aún no hablan”) es de uso común y probablemente el número sea mayor porque en más de algún país latinoamericano también sea de uso corriente. “Lo que conviene evitar es seguir creyendo que sólo el español hablado en Madrid es el punto de referencia para el análisis de los fenómenos lingüísticos de la lengua española”, termina Moreno de Alba.

Indudablemente que el lenguaje está lleno de sorpresas y para terminar estos comentarios que ya parecen demasiado largos, quiero participarles de la sorpresa que me causó la siguiente información sobre la palabra que designa a uno de los principales instrumentos didácticos del ITESO: el *gis*. Al parecer México es el único país de habla hispana que utiliza el vocablo *gis* proveniente del latín *gypsum*, mientras que los demás hispanohablantes usan la palabra *tiza*, del náhuatl *tizatl* (especie de polvo blanco, gredoso), reservando la *tiza* para el juego de billar.

Bien por el jalisciense autor de estas *Minucias II* que de esa manera rinde homenaje al también jalisciense escritor de las *Minucias I*, que ojalá pronto podamos ver nuevamente impresas, pues las necesidades que tenemos todos los mexicanos de una mejor comunicación son cada vez mayores.

